

DEJARSE ENGENDRAR POR LA VIDA EN CRISTO

Philippe Bacq¹

Dos cuestiones se me plantean al principio de este coloquio: 1. Desde hace varios años usted presenta una nueva propuesta catequética que se conoce con el nombre de «Pastoral de engendramiento», ¿cómo se trata la cuestión del contenido de la fe? 2. ¿En relación con qué análisis?

En primer lugar, una palabra sobre la segunda cuestión: ¿En relación con qué análisis? Es un hecho que nuestra sociedad occidental está en plena mutación. Señalo, entre otras, algunas características: la cultura del sujeto que reivindica su autonomía y su libertad, la cultura de las relaciones de reciprocidad, de la experiencia personal, del momento presente y de la imagen, gracias a las nuevas tecnologías... Estos datos plantean hoy preguntas a nuestra Iglesia, que da gran importancia a las relaciones jerárquicas claramente definidas, a la tradición dogmática y ética muy estructurada y que propone sobre todo una pastoral en torno a los sacramentos. La separación entre este «modelo» de Iglesia y nuestra cultura ha transformado la tradición secular de evangelización. Estamos hoy ante una especie de ruptura de la transmisión, al menos en cuanto a la gran mayoría de las jóvenes. Ahora bien, éstos influyen sobre sus mayores e influyen también en el conjunto de la cultura; es una característica de nuestra época.

En la perspectiva de una *pastoral de engendramiento*, el primer paso consiste en escuchar lo que los hombres y las mujeres que buscan vivir en dignidad humana dicen de su vida. El Espíritu de Dios trabaja efectivamente en ellos (GS 22) y los creyentes están invitados a buscar la verdad entre

¹ Jesuita. Ha sido director del Centro «Lumen Vitae» de 1986 a 1993; actualmente es profesor emérito de dicho centro.

ellos, gracias «al intercambio y al diálogo, por los cuales los unos exponen a los demás la verdad que han encontrado o creen haber encontrado, se ayudan mutuamente en la búsqueda de la verdad», como dice el concilio con un gran respeto por las conciencias personales (DH3). Por supuesto, los cristianos se constituyen en testigos privilegiados de la Buena Nueva. Son «la carta del Cristo» que Dios escribe hoy y que puede ser «conocida y leída por todos los hombres» (2 Co 3, 1-4). Sus palabras, unidas a las otras palabras humanas, son el primer contenido de la catequesis. Con numerosas mediaciones nos podemos poner a la escucha: testimonios directos, películas de cine, emisiones de televisión, novelas, sitios de Internet, etc.

Es conveniente también confrontarlos con la tradición viviente de la iglesia. Ésta es extremadamente rica: desde los relatos fundadores hasta el código de derecho canónico, pasando por la reflexión dogmática, la ética, la liturgia, la historia de la iglesia, la vida de los santos, las espiritualidades, ofrece un verdadero tesoro que constituye el contenido de la catequesis. Pero en esta breve exposición, solo abordaré la Escritura que es el alma y el fundamento de nuestra tradición (DV 24) y la reflexión dogmática que se deriva.

Como punto de partida, concedo un gran valor a los relatos evangélicos, que se siguen en el ritual de la iniciación cristiana de adultos. Cada catecúmeno recibe efectivamente «el libro de los evangelios» desde la primera etapa de su itinerario, antes incluso de recibir el Credo de la iglesia y la oración del Padrenuestro (Ritual, n° 98). Es comprensible. Poseen efectivamente «una superioridad merecida como constituyen el testimonio por excelencia sobre la vida y la enseñanza del Verbo eterno», como dijo *Dei Verbum* (DV 18); además, su forma narrativa resuena con fuerza en nuestra cultura. Propongo leer primeramente el relato de Marcos, más breve, más vivo, y leerlo, por fragmentos o totalmente, agrupando la lectura con la ayuda de los métodos de la exégesis contemporánea. El recurso a una exégesis rigurosa es, a mis ojos, capital: protege de una lectura demasiado subjetiva del texto y contra el relativismo que nos invade. El método narrativo es particularmente fecundo hoy. Haciendo énfasis en las relaciones que se tejen entre el narrador y sus lectores, permite a los miembros del grupo

entrecruzar la fe del narrador con su propia experiencia de vida, en el sentido fuerte de la palabra.

En este tipo de lectura, las personas catequizadas se sitúan ante una objetividad que se les resiste y que conlleva dos aspectos inseparables: la manera de ser de Cristo y el contenido más teórico que se deriva.

Primero, la manera de ser de Cristo. Según los relatos, desde el comienzo hasta el final, es fiel a sí mismo y su mensaje es la Verdad. Acoge a los que vienen a él sin ninguna discriminación; es cercano a todos aquellos que la sociedad de su tiempo margina. Cura, libera de todo lo que impide a los hombres y a las mujeres llegar a ser ellos mismos, personas únicas y libres. Enseña, recuerda la ley y la cumple. Pero enseña después de haber curado y no a la inversa. Invita a hacer la experiencia del reino antes de anunciarlo con la Palabra. Invita los discípulos que lo siguen a compartir sus bienes, a darlos a los pobres, a hacerse servidores mutuamente. Acepta su muerte violenta sin responder con la violencia dejándose crucificar. Encuentra su autoridad y su fuerza en aquel que llama Padre hasta en la cruz de la muerte. En resumen, propone más que una moral; presenta una figura de humanidad que nos da una imagen y que resuena profundamente en cada uno y cada una de nosotros.

Esta manera de mantenerse en la vida ha conducido a los narradores a dar a Jesús diferentes títulos cristológicos que se convirtieron en el punto de partida de los contenidos doctrinales posteriores: es el Cristo, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios, el Salvador, el Señor resucitado. Ha recibido el Espíritu que le engendra a vivir así a la manera del Padre. San Juan le llamará la Palabra, el Verbo, y lo identificará con Dios mismo. En los relatos, estos títulos son ricos en el aspecto relacional del Cristo. Los narradores de los relatos sinópticos sobre todo evitan dar a Jesús una identidad fijada de una vez por todas; construyen más bien una teología narrativa que se afirma progresivamente por el juego de las relaciones. En estos relatos, Jesús se convierte en lo que es, gracias a los diversos encuentros que él tiene. Es sólo cuando los lectores entran progresivamente en este estilo de vida del Señor cuando perciben el significado teológico de los títulos que se le atri-

buyen. Fuera de esta dinámica de engendramiento, el contenido de la fe del narrador queda opaco y como exterior al lector.

Esta experiencia de lectura permite situarse de una manera renovada con la tradición dogmática posterior. La mayoría de las concilios, dejando aparte el Vaticano II —y es una de sus numerosas originalidades— han subsanado las derivas del pensamiento que arriesgaban adulterar la tradición apostólica. Por esta razón, han expresado la fe cristiana en el vocabulario metafísico de su época. Han hecho así dos servicios inestimables a la iglesia: por un lado han salvaguardado el contenido de la fe en su verdad. Por otra parte, han abierto la posibilidad de releer la misma tradición con ayuda de otras corrientes filosóficas más adaptadas a otras épocas de la historia. Es pues posible recibirlos hoy, no solo a partir de su formulación, que queda dependiente de la época donde han sido elaborados, (cf. La declaración *Mysterium Ecclesiae* 24 de junio 1973, § 5), sino pensarlos a partir de la experiencia creyente que los ha suscitado. La lectura de los evangelios invita a releerlos de este modo. Señalo tres aspectos:

Por un lado, los relatos permiten interpretar en términos más existenciales lo que la tradición nos lega en conceptos metafísicos. Santo Tomás no se ha encerrado en la filosofía aristotélica de su tiempo. Era bien consciente que el misterio de Dios desborda siempre lo que se puede formular desde una filosofía dada. Él, por ejemplo, ha inventado el concepto de «relación substancial» para expresar las relaciones que unen las personas de la Trinidad unas a otras. Haciéndolo, distorsionaba la metafísica de Aristóteles, para que la relación no sea nunca una modalidad de la substancia y no la substancia misma. Siguiendo su ejemplo, se puede aplicar el concepto de «relación», de modo analógico a otros contenidos de la fe cristiana. Esta noción se inscribe en la tradición de la iglesia aportando un elemento bien presente en los relatos fundadores y que es la toma en consideración de la cultura contemporánea.

Por otro lado, con la lectura de los relatos aparecen aspectos nuevos de la tradición viva de la Iglesia que no han sido definidos como tales anteriormente, pero que son esenciales hoy en una cultura del sujeto, de la relación

y de la experiencia personal. Un ejemplo entre otros: el sacramento de la Eucaristía. En el relato de Marcos, Jesús pronuncia las palabras: «Esto es mi cuerpo», no sobre el pan como tal, sino sobre el pan roto, «compartido» entre los discípulos y «tomado» por ellos. Dice luego: «Esta es mi sangre» no sobre la copa de vino, sino sobre el vino ya bebido por los discípulos. Es la comunidad cristiana que se convierte así en su cuerpo y su sangre y esto podemos hacerlo experiencia hoy siempre y cuando llegemos a ser miembros los unos con los otros, compartiendo nuestros bienes. Se percibe aquí cómo el contenido doctrinal del sacramento y la manera de estar en relación que suscita se influyen recíprocamente. Este aspecto más comunitario da una densidad nueva a la verdad del pan transustanciado, definido en el IV Concilio de Letrán en 1215.

Finalmente, la lectura de los relatos invita a aceptar diferentes maneras de creer. Efectivamente, no hemos recibido un solo relato fundador, sino cuatro, sin contar los demás escritos del Nuevo Testamento. De un relato al otro, hay numerosas convergencias que fundan la unidad de la fe. Pero hay también diferencias que reflejan diversidad. Marcos, por ejemplo, no afirma nunca claramente la divinidad de Cristo que, sin embargo, ya se encuentra en la epístola a los Filipenses (2,6-11). Deja a Jesús en su misterio, subrayando la distancia entre él y Dios: «¿Porqué me llamas bueno?, dice al hombre rico, Dios solo es bueno». Juan al contrario, afirma al principio: «Y el Verbo estaba cerca de Dios y el Verbo era Dios». Desde el comienzo, hubo, pues, diferentes modos de referirse a Cristo. Esta constatación invita a los cristianos a no excomulgarse los unos a los otros. Cristo y el Dios que éste anuncia desbordan del todo a todo lo que cada iglesia puede percibir de ellos. Se comunican en el diálogo que busca pensar las diferencias. Desde este punto de vista, el texto oficial que es más significativo a mis ojos es la Declaración común entre luteranos y católicos del 16 de junio de 1998. Ambas iglesias expresan un consenso sobre «verdades fundamentales» reconociendo «los desarrollos diferentes» pero añaden que «éstos ya no son susceptibles de provocar condenas doctrinales». Es una actitud de gran sensatez sin duda conforme al estilo de comunión de los textos fundadores. Nos puede inspirar para pensar en nuestras propias diferencias en el seno de la iglesia católica.

Brevemente y para concluir: escuchar a los hombres y a las mujeres del Reino que buscan vivir en dignidad humana, confrontar su experiencia con los relatos fundadores, releer a su luz la tradición de la Iglesia y dejarse así engendrar juntos a la vida de Dios, reconociendo nuestras diferencias, celebrar la venida del Reino entre nosotros, tal es la propuesta catequética, entre otras, que puede ser fecunda hoy.